



CAPITULO 12 EL DISCIPULADO Y LA COSECHA FINAL (Resumen)

Juana es una fiel sierva de Dios, comprometida con la misión. Ella llegó al conocimiento del evangelio a través de la labor abnegada de Julia, una compañera de trabajo que tuvo mucha paciencia con ella. Juana, al principio, no deseaba conversar con Julia de asuntos que tuvieran que ver con la religión. Ella era miembro fiel de otra iglesia y le había prometido a su madre, en el lecho de muerte, que jamás traicionaría la fe de sus padres.

Pero Julia se aproximó a Juana siguiendo el método de Cristo. No le habló de la religión, ni le dio la impresión de que deseaba traerla a su iglesia. Simplemente, desarrolló con ella una bellísima amistad, le mostró simpatía, la ayudó en todo lo que Juana necesitaba, y fue conquistando su confianza poco a poco.

Así, ellas empezaron a estudiar la Biblia juntas. Los preconceptos de Juana desaparecieron, y hoy es una fiel discípula de Jesús que se esfuerza por hacer y formar nuevos discípulos.

Sin embargo, ella anda un poco triste en los últimos días. Hay dos personas por las cuales trabaja para conducir las a Jesús, pero aparentemente no ve resultados.

–Creo que voy a desistir, porque tienen el corazón muy duro –se queja.

Lo que Juana no sabe es que la cosecha final está por venir y que la palabra de Dios jamás vuelve vacía.

LA PROFECÍA

En el capítulo 14 del libro de Apocalipsis, encontramos registrados los tres mensajes angélicos, que simbolizan al remanente que Dios levantó en 1844 con la finalidad de predicar el último mensaje al mundo. Ese mensaje debe ser proclamado a “toda tribu, lengua y pueblo”. Es un mensaje de carácter mundial, y tiene como centro el evangelio eterno, en el marco del Juicio Investigador y la adoración al único y verdadero Dios creador del cielo y de la Tierra.

Esta obra debe ser hecha con rapidez. No hay tiempo que esperar. El carácter del mensaje es urgente. Por eso, el primer ángel “vuela” en medio del cielo. Hombres y mujeres del Remanente salen por todo el mundo proclamando este mensaje. Siembran la semilla. La esparcen por todos los rincones del mundo, personalmente, y a través de la radio, la televisión, la página impresa y las redes sociales. Es una obra de siembra asombrosa.

A continuación, en el mismo capítulo 14, encontramos lo siguiente: “Miré, y vi aparecer una nube blanca. Sobre esa nube estaba sentado alguien que parecía ser el Hijo del Hombre. Llevaba en la cabeza una corona de oro, y en la mano tenía una hoz afilada. En



ese momento, otro ángel salió del templo; y con fuerte voz le gritó al que estaba sentado sobre la nube: ¡Usa tu hoz, y levanta la cosecha! ¡Ha llegado la hora de cosechar, pues la cosecha de la tierra ya está madura! El que estaba sentado sobre la nube lanzó su hoz sobre la tierra, y la cosecha de la tierra fue levantada” (Apocalipsis 14:14-16).

LA COSECHA

Esta es una profecía-promesa. Llegará el día en que el propio Señor Jesucristo entrará en acción para cosechar lo que su iglesia sembró. Ese día, Juana verá que lo que le parecía tiempo desperdiciado era apenas el tiempo que Dios necesitaba para hacer madurar la semilla en el corazón de los seres humanos. La Sierva de Dios dice: “Quizá durante algún tiempo la buena semilla permanezca inadvertida en un corazón frío, egoísta y mundano, sin dar evidencia de que se ha arraigado en él; pero después, cuando el Espíritu de Dios da su aliento al alma, brota la semilla oculta, y al fin da fruto para la gloria de Dios. En la obra de nuestra vida, no sabemos qué prosperará, si esto o aquello. No es una cuestión que nos toque decidir. Hemos de hacer nuestro trabajo y dejar a Dios los resultados. ‘Por la mañana siembra tu simiente, y a la tarde no dejes reposar tu mano’ (Eclesiastés 11:6). El gran pacto de Dios declara que ‘todos los tiempos de la tierra; la sementera y la siega... no cesarán’ (Génesis 8:22). Confiando en esta promesa, ara y siembra el agricultor. No menos confiadamente hemos de trabajar nosotros en la siembra espiritual, confiando en su promesa: ‘Así será mi palabra que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, antes hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié’ (Isaías 55:11). ‘Irá andando y llorando el que lleva la preciosa simiente; mas volverá a venir con regocijo, trayendo sus gavillas’ (Salmo 126:6)” (PVGGM 451).

NO PUEDE HABER COSECHA SIN SIEMBRA

Ha llegado el tiempo de la cosecha final. El mundo en el que vivimos se está cayendo a pedazos. Hay crisis de credibilidad en las naciones. Existe un miedo universal que se apodera de los corazones. El propio planeta gime como con dolores de parto. Se calienta el clima, se desequilibra la naturaleza. Terremotos, huracanes y otros fenómenos naturales siembran el pánico por doquier. Ha llegado la hora de prepararnos para la cosecha final. Pero no puede haber cosecha donde no se sembró, ni se cultivó.

Esa es la misión de cada discípulo. Salir y buscar personas para Cristo. Decirles que Dios las ama y que no hay más tiempo que perder. Ir a ellas con el instrumento del amor y traerlas al reino del amor. Y “Bien por el siervo que, cuando su señor venga, lo encuentre haciendo así” (Mateo 24:46).

Aquí se encuentran algunas ideas prácticas para involucrarse personalmente:

1. Invite y anime a otros miembros de la Iglesia a involucrarse.
2. Organiza a tu Unidad de Acción como un pequeño grupo para orar y visitar a la comunidad.
3. TMI es pedir el derramamiento del Espíritu Santo en tu vida y en la iglesia.
4. Ora por cinco personas que deseas ver en el cielo.



NOTA: Para saber más sobre TMI, Escuela Sabática Viva, Intercesores, Proyecto Jabes, Expobiblia, Revitalización del Discipulado, escribe a: ministeriopersonal@adventista.es

